

La belleza subjetiva del alma

Lo Bello es un lugar pleno y al mismo tiempo fugaz e invisible en su contenido. Cuando nuestra mente concreta quiere explicarlo, suele perderse en conjeturas que distorsionan la propia realidad. La Belleza es como un atributo o reflejo de Dios y en este caso ¿podemos razonar algo relacionado con Dios o su Naturaleza?

Os voy a presentar este escrito como un acercamiento o atisbo de lo que podría ser realmente lo bello, al menos como una apreciación cercana, puesto que, tal como dijo Platón “Lo bello es difícil” partiremos con cautela con una “primera premisa” sobre esta idea.

Toda idea subjetiva o una opinión sobre un objeto, no puede ser igual a la idea en sí misma, puesto que existen tantas subjetividades cómo individuos o cosas hay, las observaciones por lo tanto son plurales. La subjetividad es como una aproximación, una opinión variable y diferente al objeto, sujeto a las diferentes suertes de visiones o errores, por lo que el objeto es real y las diversas apariencias percibidas por los espectadores no lo son.

Por ejemplo, la Realidad Absoluta de Dios, metafísicamente hablando, estaría lejos de explicarse mediante las diversas opiniones humanas. ¿Quién explicaría bien el concepto pleno de Dios? ¿Cómo se explicaría bien lo Real o la esencia de una verdadera Unidad?

Algunos eruditos acuden a la Teología como herramienta para esta tarea, pero en este caso, aplicando “nuestra primera premisa” arriba mencionada, aun así, lo escrito teológicamente sobre la Deidad, sólo son ideas subjetivas propiamente humanas, heredadas de los que se han dedicado a explicar el “concepto divino” con un entendimiento humano. Son pues apreciaciones cercanas de lo que debería ser, para nuestro entendimiento general de este concepto abstracto y tan lejano. ¿Podemos entonces nombrar a lo que es Innombrable?

Al respecto añado, que naturalmente siempre nos movemos entre subjetividades y esta misma, por ser diversa por su pluralidad, suele distorsionar la propia objetividad del objeto mismo o de su ideal. La misma tarea filosófica o teológica, en este mismo caso, de querer presentar soluciones simples y lógicas a estos conceptos metafísicos, se nos hace imposible.

La experiencia nos demuestra que, en las diversas circunstancias cotidianas y diarias, hablamos objetivamente de los objetos que contemplamos, llegando a ser para nosotros, verdaderas realidades, pero no olvidemos que tales fenómenos son transitorios y subjetivos o sus apariencias al observarse. Lo que ocurre es que los objetos y especialmente la idea que percibimos de estos mismos siempre están en constante movimiento, alejándose o acercándose a nuestras propias visiones y opiniones que apreciamos de ellos.

Todos los objetos percibidos, conforman nuestra realidad diaria y decimos “esto es un árbol, aquello una nube, esto una obra de arte. etc.”, pero cuando se trata de su

verdadera esencia, sus causas y origen de su verdadera Naturaleza, nuestra objetividad, relativa y subjetiva, -nuestra opinión-, no sirve para una verdadera visión de lo real. En definitiva, lo que percibimos de los objetos, es solo una fracción de ellos mismos, un momento temporal, que se nos escapa a la vista en sus diferentes etapas de su aparición. En este caso, la nube antes no estaba y acude a nuestra vista traída por el viento, del mismo modo el árbol que nos da sombra, en su interior está creciendo sin que nos demos cuenta de ello. A nosotros como seres de visión temporal, se nos escapa lo atemporal de las formas que vemos, pues se trata tan solo de aspectos cambiantes de “aquello” que le da su forma y la vida.

Por lo tanto, lo Bello se nos escapa, porque al igual que el concepto personal de Dios que nos escriben los teólogos, no acaba de ser aceptado como un “ente personal” que no alcanzamos a explicar bien y por esto mismo le ponemos un nombre para poder acercarnos un poco a este misterio. Esto es debido a que solemos tener una tendencia heredada, de rotular “aquello” que nos es desconocido y que está más allá de la forma física objetiva.

El Génesis cuenta que el hombre estaba al principio otorgándoles nombres a todo lo creado. «Y Yahveh Dios trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra, para que viese cómo los llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera. Y dio el hombre nombre a todos los ganados, y a todas las aves del cielo..... (Génesis 2,19s).

Es una tendencia a poner etiquetas o nombres a las cosas y nos facilita la unidad entre las diferentes opiniones, ya que si todos nosotros, llamaran a su manera los mismos objetos, sería muy difícil entendernos con el prójimo. En este contexto de las Escrituras, es el hombre mismo, el que tiene la llave de la unidad de todo, siempre y cuando algún semejante no cambie los nombres verdaderos de las cosas.

El hombre puede opinar, filosofar y, por tanto, equivocarse si se basa en su propio juicio o sentencia, por eso es necesario tener un catálogo o biblioteca común para todos, donde unificar nuestras percepciones. La cultura Universal es muy necesaria para encontrarnos los unos con los otros, y no repetir los errores y poner firmes bases en una convivencia constructiva y pacífica.

¿Qué sucede en la actualidad? En la diversidad de los principios y en la variedad de las cosas creadas, surgen las diferencias cuando el hombre otorga «nombres diferentes a las mismas cosas”. Al ser diversos los hombres y los lugares, surgen las diversas diferentes opiniones filosóficas. Por esto es necesario el uso de los nombres en las cosas, pues es la única manera de poder decir que “estamos hablando un mismo lenguaje”.

En este caso, el concepto de lo Bello se nos aparece como un Nombre Común a la generalidad de la Humanidad. ¿Pero qué es lo Bello para mí y para los demás? ¿Debe ser lo mismo o diferente? Volvemos a escribir de nuevo. “Lo bello es difícil” y seguimos adelante.

El hombre como artista y filósofo asume un lugar en la creación, tratando de asemejarse al Criador. La Criatura misma se hace creadora de nombres y filósofa sobre la vida misma,

esto nos lleva a ver que hay tantas filosofías como hombres, por ello se encuentran entre nosotros las diversas Religiones, las distintas Filosofías, las variadas Políticas y las distintas afirmaciones en la Ciencia. Evidentemente nos encontramos de nuevo ante la diversidad de conceptos ¿Cuál es el correcto, el mío o el tuyo?

Acudimos ahora en este escrito, al auxilio que nos aportan las capacidades del poeta, el músico y el artista mismo, que perciben de una manera natural, la Belleza de lo Creado y hace en lo posible, objetivo para nuestras miradas subjetivas. Pero ¿Qué es lo que percibimos y cómo podemos explicarlo?

La Belleza, crea en el artista la capacidad de plasmar lo bello de manera visible y de esta suerte se hace, en parte, como semejante al Creador, como una inspiración, como algo que no puede llegar a razonar. El verdadero artista no explica lo bello de su creación, ya que es como ajena a sí mismo, siendo como mucho el que pone en la obra sus manos. Si le preguntamos que ha plasmado y como lo ha realizado, se pondría a pensar, pero en general no podría explicarnos totalmente, como la ha llevado a cabo y a lo sumo, solo nos daría su opinión.

Preguntarle a Fidias porque hacia esas estupendas imágenes, o escuchar a Mozart explicándonos la música, ¿los entenderíamos? ¿No será más fácil para nosotros, llegar a entender su arte contemplando o escuchando sus obras? Tal vez como un observador anónimo, pudiéramos llegar a interpretar lo creado, si alcanzáramos a encontrar un “estado tal”, que libre de razonamientos nos conecte con el verdadero artista y el músico que todos llevamos dentro.

Lo Bello se nos aparece por todas partes en la Naturaleza con toda una amplia diversidad que sirve para todas las ópticas que las contemplan, pero que en verdad es “sola y única” como una Unidad. Salvo algunas oportunidades, cuando solemos mirar algo bello, no podemos explicarlo, pues de alguna manera, esa visión es como una intuición y tan solo por un instante muy fugaz, como si el enamorado encontrara por fin a su otra soñada mitad.

¿Era amor a primera vista? dice Azorín en su obra “Doña Inés”:

“La mirada del poeta ha quedado clavada en los ojos de la dama; la mirada de la dama se ha posado en los ojos del poeta. El aire es más resplandeciente ahora. Los pájaros trinan con más alegría. Canta la calandria y contesta el ruiseñor. Las flores tienen sus matices más vivos. Las montañas son más azules. El agua es más cristalina. El cielo es más brillante. Todo parece en el mundo nuevo, fuerte y espléndido. ¿Es el primer día de la creación?»

¿Y será esto así del porque se dice, que el poeta se enamora enseguida y vive siempre como en un vacío hacia el futuro soñado he imaginado?

Y escribí: Cuando miramos algo que nos resulta bello y alegre, de una forma desinteresada, sin querer mirarla, sin que intervenga ningún razonamiento, como de pasada, de soslayo, como si nos apareciera de pronto ante nosotros, entonces por un instante estaríamos contemplando “algo realmente bello en sí mismo”.

Todos los objetos participan de lo que es Bello y el alma al desapegarse de lo material y de la razón misma, conectaría con una “línea directa” con lo Bello. Por esto pues, a la vista de un bello paisaje, una estatua armónica, una simple flor, una joven, una grandiosa sinfonía, un discurso magnífico, una puesta de sol. etc. se nos muestran bellos en sí mismo y en su naturalidad, como si de una primera novedad se tratase. Pero he observado una cosa, si por un momento a esta visión temporal y fugaz, en cuanto la pongamos a razonar o querer explicarla, o nombrarla de nuevo, comienza a esfumarse, a desaparecer enseguida de nuestra percepción. Por esto, aquellos bellos ojos que un día enamoraron al poeta hoy apenas puede llegar a recordarlos, solo le queda una “sutil y grata memoria” de ellos, al menos hasta un próximo encuentro.

Atento lector ¿has experimentado algo parecido? Por mi parte, pienso que toda alma es Bella en sí misma, pero que, nuestra propia razón como herramienta dual, dispersa y separa todas las cosas, hace casi imposible percibir las originales visiones de lo que es bello como unidad. Y es porque por su dualidad, la razón no alcance a demostrarnos lo que es el alma, tal vez porque para ello sería necesario otro elemento, más próximo y quizás de una naturaleza distinta y más cercana a la esencia del mismo espíritu. ¿Dónde encontrar al verdadero interprete de lo Bello?

Científicamente se entiende que la razón inteligente está como unida al cerebro físico y de este modo gracias a este órgano toman formas objetivas todo lo subjetivo y así de este modo encontramos las llamadas “razones para vivir”. Parece ser, que para poder “dialogar” con el alma o nuestro ser interior, la propia razón necesita de “un algo” que pueda explicarle lo que es el alma en “sí misma”. ¿Qué será este elemento?

Pero la Belleza no se razona, podríamos decir que no es de naturaleza material y por lo tanto escapa a la razón que es un producto muy cercano al cerebro físico y concreto. ¿Entonces cómo explicar lo que es invisible? Para ello es necesario en primer lugar el silencio, estando como ausentes y en un momento en que no hagamos caso de la razón, ni de las emociones, en ese momento como de vacío de todas nuestras preocupaciones, sin pedirlo ni deseárselo, como algo de afuera de nosotros mismos, nos aparece, así como una presencia simple o intuición. Y lo simple es lo más semejante a la verdad y a lo bello.

Un ejemplo simple. Observemos una bella flor. La simplicidad de la flor la hace bella ¿o no? Ella no necesita darnos explicaciones y tan solo se deja contemplar. Al ver la belleza de la flor nosotros no pensamos, al menos por algún instante y es entonces que en este “no pensar” vemos toda su belleza.

Explicar esto no es fácil pues toda explicación se me escapa, podría acudir a la poesía y aproximarme quizás, al misterio. Puede ser que, de la inteligencia o de un lugar muy cercano a ella, vendría algo así como una pequeña luz, un rayo o un destello tenue que sólo dura un instante. Poéticamente es como “un soplo de viento suave”, y es entonces cuando sentimos espiritualmente algo que se asemeja a la “voz del alma”. Dice la Escritura que “Dios nos habla en la suave brisa”.

De las pocas veces que sintamos “esa intuición” será también el porcentaje, mayor o menor para poder entender al alma, aunque en verdad no depende de cierta cantidad,

sino más bien de la calidad de la atención, porque sólo una Conciencia bien despierta y atenta es la que nos lleva a guardar un momento así.

En resumen, la belleza estaría presente por todas partes, la veamos o no, y no depende de nosotros mismos contemplarla, porque siempre estamos inmersos en nuestros propios pensamientos y deseos cotidianos. Casi siempre caminamos muy apegados a las sensaciones y a las cosas diarias, dirigidas y llevadas de lo que me gusta o me disgusta, de lo que creo o bien dejo de creer. En una palabra, estamos muy pendientes de nosotros mismos y de la rutina. Hay demasiado ruido a nuestro alrededor que invade nuestro silencio interior.

En este contexto, os animo a vivir contemplando siempre que puedan las bellezas de la Creación. La Belleza del Alma y de todos los seres, están sin duda alguna, siempre presentes y es como una suerte o algo de gracia, poder contemplarlas en algún momento. Creo que aquella dulce mirada que contempló el poeta fue para él, tan solo un instante bello en un ajetreado día cotidiano y que, por una suerte de la Providencia, “algo del amor verdadero, se paseaba suave por el aire”, pues fue ese momento, toda una vivencia inolvidable.

El desear algo ahora y que nuestra petición sea de inmediato correspondida, no es tan fácil. Creo que se trata más bien de “un cierto regalo”, más que de un resultado final de nuestro esfuerzo. Para ver lo bello de todo lo que nos rodea, no basta con desearlo y ya está, porque aún por el mero hecho de “quererlo ver” como forma de deseo que lo es, por lo mismo, se convierte en nosotros en una imposibilidad para un desapego tal como arriba ya mencionado.

Y termino ahora en el silencio y tal como dijimos al principio:

Hay que verlo, pero sin querer ver.

O como dirían los antiguos.

“ver sin mirar”.

Ver sin querer mirar.

Mirar sin querer ver.

Oír sin querer escuchar.

Silencio. Silencio.

Zharten

(Jesuseguravera)